Soya en un florero: división territorial y sexual del trabajo agrícola en América Latina (1986-2015)

*Soybeans in Flower-Pots: Territorial and Sexual Division of Agricultural Labor in
Latin America (1986-2015)*

Carmen Rejane Flores y Diana María Peña

Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/eces/5764>

DOI: 10.4000/eces.5764

ISSN: 1647-0737

Editor

Centro de Estudos Sociais da Universidade de Coimbra

Referencia electrónica

Carmen Rejane Flores y Diana María Peña, «Soya en un florero: división territorial y sexual del trabajo agrícola en América Latina (1986-2015)», *e-cadernos CES* [En línea], 34 | 2020, Publicado el 09 julio 2021, consultado el 22 octubre 2021. URL: <http://journals.openedition.org/eces/5764> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/eces.5764>

CARMEN REJANE FLORES, DIANA MARÍA PEÑA

SOYA EN UN FLORERO: DIVISIÓN TERRITORIAL Y SEXUAL DEL TRABAJO AGRÍCOLA EN AMÉRICA LATINA (1986-2015)

Resumen: El modelo agroexportador industrial no sólo determina la matriz tecnológica, los patrones de especialización y la financiarización de la agricultura latinoamericana, éste también exacerba la división sexual del trabajo, como parte de la estrategia de alienación del capital. A través de un marco teórico neo-marxista (a saber, los conceptos de regímenes alimentarios, reproducción social y virada eco-territorial), comparamos los agronegocios de las flores en Colombia y de la soya en Brasil; estos casos nos ayudan a entender los procesos de comoditización que caracterizan al Régimen Alimentario Corporativo, e introducen importantes reflexiones en los horizontes de la acumulación de capital, la soberanía alimentaria y el género.

Palabras clave: agronegocio, división social del trabajo, regímenes alimentarios, reproducción social, soberanía alimentaria.

SOYBEANS IN FLOWER-POTS: TERRITORIAL AND SEXUAL DIVISION OF AGRICULTURAL LABOR IN LATIN AMERICA (1986-2015)

Abstract: The industrial agro-export model in Latin America not only determines the technological matrix, the specialization patterns, and the financialization of agriculture, as it also exacerbates the sexual division of labor, as part of the capital disposal strategy. Through a neo-Marxist theoretical framework (namely, food regimes, social reproduction, and the ecoterritorial turn), we compare the floriculture agrobusiness in Colombia and the soybean agribusiness in Brazil. These case studies reveal the processes of commodification within the corporate food regime and introduce important reflections on the dimensions of capital accumulation, food sovereignty, and gender.

Keywords: agribusiness, food regimes, food sovereignty, social division of labor, social reproduction.

¿Acaso creéis que podemos cultivar trigo en floreros?
Karl Marx (1987)

INTRODUCCIÓN

La economía de la Segunda post-Guerra mundial se sustentó en el trípode pactado con el Acuerdo de Bretton Woods: Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD, hoy Banco Mundial), Fondo Monetario Internacional (FMI) y Organización Mundial del Comercio (OMC); sin embargo, vale recordar que esta última entidad sólo se constituyó formalmente medio siglo después, funcionando en su lugar un Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT, por la sigla en inglés), que en la práctica velaba por los intereses comerciales del Norte global. Una de las principales razones para esa dilación fue la agricultura, que por su carácter estratégico ha sido objeto de intensas discusiones entre países –principalmente los llamados desarrollados–, siendo un verdadero tabú en el marco del GATT hasta el año 1984, cuando se inauguró la Ronda de Uruguay.

En el marco de dicha Ronda se abordaron temas polémicos, como la distorsión de precios de productos agrícolas vía subsidios, hecho que no debe tomarse como un indicador de mayor voluntad política para penalizar el *dumping* y otras prácticas desleales en el comercio mundial, sino como el reflejo de la entrada en vigencia del orden neoliberal. La historia moderna demuestra la subordinación del poder político al capital, por eso entendemos que las definiciones regulatorias en el ámbito global tienden a la preservación de una división territorial del trabajo que sea favorable al régimen de acumulación vigente, lógica que aplica también para la producción y el comercio de alimentos, que serán abordados a través del concepto de *regímenes alimentarios*.

El propósito del presente ensayo es analizar el papel dado a América Latina en ese escenario, partiendo de su condición histórica de despensa mundial, pero con una matriz heterónoma y volcada casi exclusivamente al mercado de *commodities*. Abordaremos los trazos característicos del agronegocio en la región, planteando algunas correlaciones entre mercado mundial de alimentos, patrones de especialización productiva y comunidades campesinas; el hilo conductor será el trabajo de las mujeres, que nos permitirá abordar tanto los mecanismos utilizados por el capital para incorporar en sus circuitos de acumulación los valores producidos por el campesinado,¹ como las estrategias de permanencia digna en territorios campesinos.

¹ Aquí entendemos al campesinado a partir de Shanin (1973, 2005) y Chayanov (1974, 1981), como un “agente inter-modos”.

En el centro de esta discusión está el conflicto entre las territorialidades capitalista, étnicas y campesina, el cual, claro está, no se agota en la esfera económica, especialmente en el caso de las comunidades indígenas y afrodescendientes, cuyas especificidades culturales transbordan los límites de este trabajo; en ese sentido, reconocemos que nuestra discusión se sitúa en una escala más general, alertando sobre los peligros de extrapolarla a experiencias locales, sin antes construir puentes metodológicos adecuados. Todavía en relación con los recortes adoptados, nos situamos en el periodo 1986-2015, como momento de rupturas y continuidades entre los Consensos de Washington y de las *commodities*, contrastando dos casos: la floricultura en Colombia y la soya en el sur de Brasil.

El documento se divide en cuatro partes, siendo la primera la presente introducción; en la segunda sección se esboza un panorama histórico de los patrones de especialización y producción de alimentos en América Latina, enfatizando en las tres últimas décadas; en la tercera parte se analiza la correlación entre división territorial y sexual del trabajo agrícola, enfocando ciertas intersecciones entre los espacios productivo y reproductivo, bajo una perspectiva dialéctica; por último, se presentan las consideraciones finales, intentando enunciar algunas estrategias de permanencia del campesinado en sus territorios, en los horizontes del género y la soberanía alimentaria.

AMÉRICA LATINA EN LA DIVISIÓN TERRITORIAL DEL TRABAJO AGRÍCOLA

Desde sus orígenes, América Latina ha sido vista como pródiga e inagotable despensa –la fantástica tierra de *El Dorado*–, ora como colonias, en las llamadas Indias Occidentales, ora como repúblicas bananeras, cafeteras o soyeras, en las “democracias” contemporáneas. Por eso, Carlos Porto-Gonçalves y Paulo Alentejano (2010) son tajantes al hablar de la permanencia de una matriz de poder colonial como sustento de la división internacional del trabajo agrícola, la cual se ha transformado desde 1492, pero sólo para no ser superada por los procesos sociales: de la Encomienda a la Hacienda, de la Hacienda al complejo agroindustrial, y de éste al agronegocio. Marx puede ayudarnos a entender ese movimiento, cuando satiriza los argumentos de la especialización productiva en función de las llamadas *ventajas comparativas*, que la ciencia económica enarbola en defensa del *statu quo*:

Se nos dice, por ejemplo, que el libre cambio daría origen a una división internacional del trabajo que asignaría a cada país una producción en armonía con sus ventajas naturales. Pensaréis, quizás, señores, que la producción de café y de azúcar es el destino natural de las Indias Occidentales. Hace dos

siglos, la naturaleza, que apenas tiene que ver con el comercio, no había plantado allí ni cafetos ni caña de azúcar. (Marx, 1987: 156-157)

Así, aunque sea obvio que la división internacional del trabajo obedece a razones históricas más que naturales, este deberá ser el punto de partida en nuestra discusión. Adoptaremos con ese fin el concepto de *regímenes alimentarios* –acuñado por Harriet Friedmann y Philip McMichael (1989)– el cual historiza el comportamiento del mercado mundial de alimentos, identificando patrones de especialización y comercio, que relacionan el sistema de poder con el sistema de producción agrícola, y distingue periodos de congruencia relativa en los intereses de los agentes con poder de decisión. Friedmann (2004: 125),² precursora de ese análisis, lo define como:

[...] un periodo histórico relativamente delimitado, en el cual, expectativas mutuamente reforzadas dominan el comportamiento de los agentes sociales, como agricultores, empresas y trabajadores, involucrados en todos los aspectos del cultivo, transformación, distribución y venta de comida, bien como las agencias gubernamentales, ciudadanos y consumidores.

Vale destacar que, al ser la comida uno de los derechos humanos más básicos, en la delicada diplomacia internacional es políticamente incorrecto hablar abiertamente del hambre como consecuencia del modelo agroalimentario vigente, y del acceso a los alimentos como aspecto directamente asociado a la división social del trabajo (*class diet*); por consiguiente, los regímenes alimentarios:

Sólo existen en determinados momentos, funcionando mejor cuando son naturalizados y, consecuentemente, se basan en normas y reglas que son por lo menos parcialmente implícitas. Las reglas de los regímenes alimentarios han sido mucho más implícitas que las que rigen, por ejemplo, el mercado monetario o la guerra. (Friedmann, 2004: 125)

La autora reconoce dos regímenes alimentarios en la historia reciente, a partir de los cuales se configuraría un tercero:³

- El primero es el régimen alimentario colonial diaspórico (1870-1914), que emergió como una “solución doble” para la consolidación de la *pax britannica*:

² Todas las traducciones son de exclusiva responsabilidad de las autoras.

³ Hay una discusión abierta en torno de la existencia o no de este último régimen; ver Friedmann (2009) y McMichael (2009, 2014).

- de un lado, promovió la migración de campesinos europeos desterrados por los procesos de acumulación originaria de capital hacia países temperados (como los del Cono Sur latinoamericano); de otro lado, incentivó la producción de trigo y ganado en los lugares de destino, para abaratar la canasta básica, espoliando en consecuencia territorios indígenas como los guaraníes.
- El segundo régimen, mercantil-industrial (1947-1973), se inscribe en el clima de la Guerra Fría y la institucionalidad del *Bretton Woods*, marcando el comienzo de la *pax americana*. Esto se tradujo en la conformación de complejos agroindustriales, bajo el auspicio de la Revolución Verde; en ese periodo, los países europeos reprodujeron la política agrícola norteamericana, subsidiando la producción y las exportaciones, el *dumping* emerge entonces como amenaza constante para las agriculturas campesinas (no sólo en el Sur, sino incluso en el Norte global). Las crisis económicas de la década de 1970 marcaron el fin de este régimen.
 - El tercer régimen, corporativo, se caracterizaría por la financiarización, comoditización y el aumento del poder de las empresas transnacionales; el neoliberalismo contemporáneo es más intrincado que el *laissez-faire* decimonónico y con los años ha ido tornándose más incoherente, pues en la práctica se conjugan subsidios, tratados de libre comercio, vetos comerciales y otras prácticas contradictorias, que sólo consiguen reconciliarse vía maniobras tecnocráticas.

Los momentos de transición entre uno y otro régimen son cruciales, pues dan cuenta del dinamismo social, incluso en escenarios tenidos por hegemónicos, pudiendo ser definidos como “(períodos) de experimentación y réplica no resueltas”, a partir de los cuales surgen “múltiples posibilidades”, una vez que “los conflictos nombran aspectos [...] naturalizados en los regímenes alimentarios predecesores, y ofrecen marcos competentes para resolverlos” (Friedmann, 2009: 335).

Este cuerpo conceptual nos ayuda a analizar la *producción-especulación*⁴ que caracteriza a las agriculturas latinoamericanas, y que se manifiesta en ciclos de especialización en cultivos determinados por el mercado internacional, sean ellos azúcar, café, cacao, caucho, soya o flores (por mencionar sólo aquellos de uso lícito).⁵ Las especificidades de la fórmula neoliberal se evidencian principalmente en la mediación del capital financiero, cuya estrategia paradigmática es el *pool de siembras*: intermediarios que negocian cosechas en la bolsa sin haber plantado un solo grano,

⁴ Ver Ocampo (1984).

⁵ La localización de cultivos de uso ilícito –coca, marihuana, amapola, etc.– en países como Colombia, también es consecuencia de la geopolítica de los alimentos, no obstante, no incluimos aquí esta discusión porque sobrepasa por mucho los alcances propuestos.

contratando posteriormente a terceros para que se encarguen de la producción; el precio, a pesar de ser pactado *a priori*, no escapa a la volatilidad del mercado bursátil.

Consecuentemente, en las últimas tres décadas se aceleró la incorporación del sector agroalimentario en los circuitos de acumulación de capital, en un proceso que Maristella Svampa (2012: 8) entiende como de rupturas y continuidades entre el Consenso de Washington y lo que ella denomina “consenso de las *commodities*”, el cual “establece reglas que suponen la aceptación de nuevas asimetrías y desigualdades ambientales y políticas por parte de los países latinoamericanos en el nuevo orden geopolítico”. De acuerdo con la autora, el tránsito de un Consenso a otro está marcado por tres características:

- La primera característica es que la abrupta subida de los precios de las *commodities* obedeció no sólo a la demanda de las potencias mundiales históricas, sino cada vez más a la de potencias emergentes, lo que configura una división internacional del trabajo que, además de la histórica explotación Norte-Sur, se sustenta de manera creciente en flujos Sur-Sur de capitales y mercancías.
- La segunda, directamente relacionada con la anterior, es que hay “un espacio de mayor flexibilidad en cuanto al rol del Estado, lo cual permite el despliegue y coexistencia entre gobiernos progresistas, que han cuestionado el consenso neoliberal, con aquellos otros gobiernos que continúan profundizando una matriz política conservadora en el marco del neoliberalismo” (*ibidem*: 19).
- La tercera característica de ese “nuevo orden económico y político” es la exacerbación del extractivismo como modelo de acumulación por despojo, una vez que está “basado en la sobreexplotación de recursos naturales, en gran parte, no renovables, así como en la expansión de las fronteras hacia territorios antes considerados como ‘improductivos’” (*ibidem*: 17).

Hay entonces un punto de inflexión en el neoliberalismo que, en un primer momento, se concretizó a través de programas de ajuste estructural (privatización de empresas y servicios públicos, Estado mínimo, apertura de mercados, etc.), promovidos por los organismos multilaterales, so pretexto la crisis de la deuda de los años 1980, fenómeno generalizado en la región; en un segundo momento, ese paquete clásico de medidas se flexibiliza, en un escenario político y económico dubio, el cual Svampa (*ibidem*: 19) se aventura a caracterizar como posneoliberal, indicando, no obstante, que eso no significa “la salida del neoliberalismo”, mas, la configuración de “un espacio de geometría variable en el cual es posible operar una suerte de movimiento dialéctico, que sintetiza dichas continuidades y rupturas en un nuevo escenario” (ver Diagrama I).

DIAGRAMA I – Línea del tiempo del Régimen Alimentario Corporativo

Fuente: Elaboración propia, a partir de Svampa (2012), Friedmann (2004) y McMichael (2014).

Para dimensionar la primera característica del consenso de las *commodities*, debemos contextualizarnos en la liberalización generalizada del comercio de mercancías agrícolas que se promovió en América Latina a partir de la década de 1980, proceso que condujo a la financiarización de ese mercado, al aumento del poder monopolista de las corporaciones, al deterioro, manipulación y privatización de los comunes. En ese contexto los alimentos dejan de serlo y pasan a ser mercancías regidas por el agronegocio, término acuñado en 1957 por Ray Goldberg, y que Marcel Achkar, Ana Domínguez y Fernando Pesce (2008: 7) definen como “un complejo espacio económico en el que convergen inversiones de capital transnacional en el conjunto de las actividades y sectores vinculados a la producción, distribución y comercialización de productos agrarios a escala global”.

El agronegocio se sustenta en la producción de *commodities*, que por definición son materias primas comercializadas en el mercado internacional y a partir de las cuales el capital financiero consigue *derivar* valor. Aquí es importante recordar que –de acuerdo con la teoría marxista–, el valor sólo puede obtenerse a partir del trabajo humano, así, los *derivados*, y en general los instrumentos financieros, son contratos que posibilitan a sus detentores apropiarse de plusvalía futura. Por eso, el cable a tierra de la especulación se encuentra siempre en la economía real, el resto es ilusión

y estalla como burbujas de jabón, salpicando todo lo que está a su alcance; un ejemplo clásico es la *securitización*, la especulación sobre los seguros agrícolas, una herramienta que había sido creada para ayudar a los agricultores a sortear la variabilidad climática, y que en cambio les está sometiendo a la volubilidad bursátil (TNI, 2018).

Vale destacar que esa redefinición de los alimentos –de asunto estratégico nacional, a mercancía común–, también se sustenta en una estructura jerarquizada del poder, que en el primer momento del neoliberalismo se correspondía con la estructura clásica de explotación Norte-Sur, pues, mientras las potencias del Norte global conservaban plenamente su prerrogativa estatal en la producción de los principales géneros agrícolas, los demás países la perdían, como transparecía en la alocución del Secretario de Agricultura de Estados Unidos, John Block, con motivo de la instauración de la Ronda de Uruguay:

La idea de que países en vía de desarrollo deberían alimentarse a sí mismos es un anacronismo de una era pasada. Podrían garantizar mejor su seguridad alimentaria confiando en los productos agrícolas de los Estados Unidos, los cuales están disponibles, en muchos casos a menores costos.⁶

Esa división tan concluyente entre Norte productor y Sur importador, se avizoraba en el fallido Acuerdo sobre la Agricultura (AOA, por la sigla en inglés), que fue eje de la Ronda de Uruguay, demostrando un renovado interés en el sector primario por parte de las mencionadas potencias – mismo que se relaciona con las crisis permanentes de sobre-acumulación de capital, aceleradas por la financiarización de la economía y consolidación del poder corporativo en el periodo post-Bretton Woods. De acuerdo con David Harvey (2004), la estrategia privilegiada en esos escenarios ha sido el desplazamiento espacio-temporal de los capitales que corren el riesgo de permanecer ociosos, de manera que esos fondos son invertidos en otras latitudes, en otros sectores económicos, o se destinan a actividades con rendimientos futuros, como las innovaciones tecnológicas.

Un claro ejemplo de desplazamiento espacio-temporal son los *flex-crops*,⁷ cultivos en los que se invierte en tecnologías de punta para diversificar sus usos, haciéndolos pasibles de derivación financiera y base de la dieta estandarizada, cada vez más dependiente de unas pocas especies y variedades gestionadas por el agronegocio, como el maíz y la soya. Como señala Svampa (2012), del lado de la demanda hubo un

⁶ Block *apud* Bello (2008), quien analiza la comoditización de la agricultura africana.

⁷ Ver Oliveira y Schneider (2014).

aumento generalizado de la renta en las potencias tradicionales y emergentes, la cual modificó los patrones de consumo en esas sociedades y, consecuentemente, los patrones del comercio mundial, resaltando especialmente el consumo de carne –un subproducto de los cultivos aludidos– en países de la dimensión de China.

La segunda característica destacada por la autora es que el consenso de las *commodities* es una estructura fracturada, ambivalente y paradójica que, a diferencia del neoliberalismo de los años 1980 y 1990, no se presenta como discurso único, sino como una coexistencia de valores contradictorios. Con relación a esto, en la primera década del siglo XXI encontramos el caso emblemático de la subida de gobiernos progresistas en América Latina, fenómeno ambivalente porque esos programas políticos –indiscutiblemente más volcados a la política social– lejos de contener la comoditización de la agricultura, se sustentaron en estructuras económicas abiertas, extractivistas y reprimarizadas; la fragilidad del modelo se evidencia con la creciente *derechización* de la región, que coincide, desde el año 2015, con la desaceleración en mercados como el de la soya.

La matriz colonial toma una nueva forma en el tránsito entre los consensos de Washington y de las *commodities*, hecho que se traduce en el paso de la Ronda de Uruguay –como fue visto, más claramente asentada en el poder de las potencias tradicionales– a la controvertida Ronda de Doha, cuyo más claro indicador fue la emergencia de los BRICS (conjunto heterogéneo de países que agrupa a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), como nuevos polos de atracción dentro del panorama económico global, y como puntos desestabilizadores del discurso único. Sin embargo, esta aparente multipolaridad debe redimensionarse en un contexto en el que las corporaciones transnacionales sobrepasan el poder estatal y los flujos de capital especulativo sobrepasan las transacciones de la economía real.

Con relación a la última característica, el extractivismo, Svampa (2012) retoma al sociólogo boliviano René Zavaleta (1986), que habla de la visión “eldoradista” que el mundo moderno creó sobre América Latina, como despensa del capital, fuente inagotable de recursos naturales y base de un modelo económico rentista, imagen que es reproducida incluso por los propios países de la región, que continúan alimentando la tendencia histórica a la exportación de materias primas. En las últimas décadas ese mito de *El Dorado* ha sido retomado, incorporando la lógica de la minería a la producción agropecuaria, devastando las culturas indígenas, afrodescendientes y campesinas que encuentran por el camino.

En ese mismo sentido, Eduardo Gudynas (2019: 16) destaca al extractivismo dentro de las llamadas “narrativas del desarrollo”, por su capacidad “para construir y sostener distintas políticas públicas, no sólo las que promocionan distintas actividades,

como puede ser entregar concesiones o subsidiar empresas, sino que brindan ideas que las legitiman”. En esa promoción y legitimación del extractivismo se entrelazan conceptos, instituciones y recursos de poder, que parten de dos categorías elevadas a axiomas: progreso y recurso natural; así, el aparato de Estado se ha hecho tan dependiente de la exportación de *commodities*, que la ideología de los gobiernos de turno se torna irrelevante frente a la aparente incontestabilidad del modelo, como mencionábamos anteriormente.

Como consecuencia, en el segundo momento del neoliberalismo se abandona definitivamente el ideal de una economía nacional en el que agricultura e industria se complementan mutuamente (Friedmann y McMichael, 1989), toda prerrogativa de soberanía estatal parece desvanecerse en función del eficientismo y la deslocalización, derivando en fenómenos como la extranjerización de tierras, la flexibilización de cultivos, la relocalización de maquilas en el Sur global, el flujo irrestricto de capitales sustentando nuevas formas de explotación Sur-Sur y Norte-Norte, mas también, de manera discordante, la permanencia de subsidios para la agricultura del Norte y barreras arancelarias y no arancelarias para la agricultura del Sur.

Dentro de ese entramado de relaciones de poder, queremos destacar la bifurcación de los patrones de consumo (*class diet*), fenómeno que, a partir de Friedmann y McMichael (*ibidem*), podemos entender como la consolidación de cadenas agroalimentarias diferenciadas: de un lado, los complejos pecuario y de comida procesada, cuyo propósito es producir *commodities* baratas, para la reproducción de la clase trabajadora; del otro lado, la producción de productos suntuarios para las elites, desde alimentos biológicos, hasta cosméticos a base de productos naturales. Como veremos, ambas cadenas son expresivas en América Latina.

Tomemos el caso del Cono Sur, la “despensa del mundo”, su posición aparentemente privilegiada en el comercio internacional de productos agrícolas –carne, cereales y granos– responde a la necesidad de abastecer la demanda creciente de alimentos baratos, con un alto costo socio-ambiental, asociado a un modelo homogeneizante y dependiente de insumos sintéticos, que la han convertido en la región con la mayor extensión de soya transgénica en el mundo. En el otro lado del espectro tenemos los cultivos de la zona intertropical, con alto valor de mercado, dada la condición de “exotismo” que los diferencia de otras materias primas, se trate de especies ornamentales, medicinales o de los llamados súper-alimentos, que desplazan la producción de cultivos esenciales para la alimentación popular, con el consecuente aumento de la dependencia de importaciones.

De esa manera, hay una clara conexión entre la bifurcación de la demanda (*class diet*) y los patrones de especialización agroexportadora en el subcontinente, para entenderla mejor queremos contrastar dos casos: la producción de soya en el sur de Brasil y la floricultura en Colombia, pues esos agronegocios evidencian la posición de cada país en la división internacional del trabajo, además, a partir de ellos se derivan importantes reflexiones en los horizontes del agronegocio, la agricultura campesina, la soberanía alimentaria, la acumulación capitalista y el género.

El periodo contemplado se corresponde con el *régimen alimentario corporativo*, la espacialización del capital financiero, comoditización de los alimentos y sus repercusiones en la agricultura campesina, con el neoliberalismo como andamiaje ideológico y programa político de la globalización, intentando atenuar las contradicciones inherentes al capitalismo, vía la libre movilidad del capital y la manipulación de las funciones del Estado. A partir de Friedmann (2004)⁸ y Svampa (2012), es posible identificar tres momentos en ese intervalo:

1. El primero de ellos (1986-1995), en el marco de la ronda de Uruguay, como punto de inflexión en la geopolítica de los alimentos, por la incorporación del renglón agroalimentario en las discusiones del comercio mundial;
2. El segundo momento (1995-2003), se refiere a la conformación de la OMC, y al AOA a ella asociada;
3. Finalmente, el tercer momento (2003-2015), está marcado por el auge y aparente crisis del consenso de las *commodities*; el principal vestigio es la ronda de Doha, que a una década de su instalación no consigue arrojar un consenso en materia comercial.

En relación con esto último, vale recalcar que el agronegocio no es una entidad monolítica, como demuestra el surgimiento de coaliciones de países que exigen a las principales potencias agroalimentarias –Estados Unidos y la Unión Europea– la reducción de subsidios. Un actor crucial en esa dinámica es el Grupo de Cairns, constituido en 1986 y que agrupa hoy a 19 países agroexportadores, afianzando su influencia en las discusiones sobre el *dumping*, sin que eso implique una convergencia absoluta entre sus miembros, tan heterogéneos como Australia, Canadá, Vietnam, o los nueve países latino-americanos que lo conforman: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Paraguay, Perú y Uruguay.

La inestabilidad del modelo se evidencia también en episodios como la migración masiva de los capitales del mercado inmobiliario a las *commodities* en general y a las alimentarias en particular, después de la explosión de la burbuja hipotecaria (de

⁸ Así Friedmann (2009) tenga reservas acerca de la existencia de un tercer régimen alimentario, su análisis de la coyuntura agroalimentaria mundial fue crucial en la construcción de esta periodización.

créditos *subprime*), que comenzó en 2006 en los Estados Unidos, mas rápidamente se extendió por el mundo, derivando en la crisis alimentaria de 2008, en concordancia con las estrategias de desplazamiento espacio-temporal enunciadas por Harvey (2004). Otro momento importante es el año 2014, cuando empezó a percibirse la desaceleración del modelo, con el menor crecimiento de la demanda china y la caída del precio del petróleo, causando una reacción en cadena en otras *commodities*, como la soya.

Bajo el neoliberalismo, el sistema financiero pasó de intermediar las transacciones de mercancías físicas a servirse de ellas para crear la ilusión de la *derivación* de valor, la consecuencia es una distopía en la cual las transacciones del mercado financiero sobrepasan en más de 100 veces a las del mercado real, en una estructura frágil, que huye constantemente del equilibrio, y que, irónicamente, recurre a las instituciones gubernamentales para que intervengan cuando se constatan catástrofes económicas (TNI, 2018). Así, gracias a los programas públicos de rescate, el sistema financiero salió fortalecido de la crisis de 2006, y continúa haciendo los mismos malabares que la causaron, hasta encaminarse a lo que parece ser una nueva crisis.

Mientras tanto, miles de familias que perdieron sus empleos y sus techos no terminan de sobreponerse de la recesión; las mujeres son especialmente vulnerables, siendo siempre las primeras víctimas en los momentos de crisis económica. A continuación, se desarrollará el debate de la división social del trabajo agrícola ya en la escala doméstica, aquí se quiere ahondar en las repercusiones del agronegocio sobre la agricultura y economía campesinas; el hilo conductor será el trabajo de las mujeres, que permite abordar tanto los mecanismos utilizados por el capital para incorporar en sus circuitos de acumulación los valores producidos por el campesinado, como las estrategias de las comunidades para permanecer en sus territorios.

AGRONEGOCIO Y DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO EN AMÉRICA LATINA

De la misma forma en que la división territorial del trabajo pretende ser resultado de una precondition natural –las llamadas ventajas naturales–, la división sexual del trabajo obedece a unas *relaciones sociales de sexo*, pero se justifica con argumentos pretensamente biológicos. Como categoría de análisis, la división sexual del trabajo ha evolucionado gracias a teóricas feministas que supieron cuestionar la acepción original, en cuanto complementariedad de tareas en el seno de las organizaciones familiares, revelando que esa atribución no es neutral, pues manifiesta una relación de poder del sexo masculino sobre el femenino. Se llega así a la definición de Danièle Kergoat, como:

[...] la forma de división social del trabajo resultante de las relaciones sociales de sexo; esa forma está históricamente adaptada a cada sociedad. Tiene por característica la destinación prioritaria de los hombres a la esfera productiva y de las mujeres a la esfera reproductiva y, simultáneamente, la ocupación por los hombres de las funciones de fuerte valor social agregado (políticas, religiosas, militares). [...] Tiene dos principios organizadores: el de la separación (existen trabajos de hombres y otros de mujeres) y el de la jerarquización (un trabajo de hombre “vale” más que uno de mujer). (*in* Hirata *et al.*, 2009: 67)

Ambos principios están profundamente enraizados en uno de los postulados más importantes del pensamiento moderno: la dicotomía naturaleza/sociedad, a partir de la cual manan las falsas oposiciones subjetivo/objetivo, salvaje/culto, atrasado/moderno, etc., como principal herencia del patriarcalismo *baconiano* (Shiva, 1988). Queremos centrarnos en la dicotomía trabajo productivo/trabajo reproductivo, dada la invalidación del segundo dentro de la economía capitalista –principio de jerarquización–, y el deterioro del bienestar de las mujeres al inserirse en la esfera llamada productiva, debido, entre otras cosas, a su explotación *simultánea* en las jornadas del trabajo asalariado y del cuidado de la familia.

Se habla de *relaciones sociales de sexo* cuando se entiende ese binarismo como una construcción social con una base material (Hirata *et al.*, 2009); en ese escenario se dan interesantísimos entrecruzamientos con la teoría marxista, procurando un abordaje que supere el análisis de sistemas duales, en el sentido de observar esas falsas oposiciones como partes constitutivas de un todo que las interrelaciona, así, se parte no de la esfera privada como espacio del trabajo doméstico *en oposición* a la esfera pública del trabajo asalariado, sino, parafraseando a Lise Vogel (*in* Bhattacharya, 2017), del trabajo reproductivo como generador de la fuerza de trabajo de la cual depende todo el sistema de producción de mercancías, punto de partida y de llegada dentro del circuito económico y social.

Ese análisis integrado de los trabajos productivo y reproductivo, conocido como *teoría de la reproducción social*, ha refinado el análisis de la fuerza de trabajo y la economía en general. En el primer caso, se cuestiona la presunción de que la fuerza de trabajo es una entidad acabada, un dato previo e independiente del proceso de producción capitalista, entendiéndola como el producto de una compleja red de procesos sociales y relaciones humanas, que sólo puede hacerse disponible al capital porque es reproducida, en el marco de unas relaciones sociales de sexo determinadas. En el segundo caso, mira allende la fábrica y la oposición trabajadores/propietarios de los medios de producción, para integrar las relaciones

sociales que permiten la reproducción de trabajadoras y trabajadores y, consecuentemente, de todo el sistema (Bhattacharya, 2017).

Esa idea ya se encuentra esbozada en Marx, al indicar que la fuerza de trabajo no sólo es medular para el capitalismo, sino también que se trata de una mercancía singular (*unique commodity*), pues no se produce dentro del mercado; no obstante, él no consiguió desarrollarla, por ser su foco el fetichismo de la mercancía y la alienación del trabajo. En palabras de Tithi Bhattacharya (2017: 3), lo que busca esta corriente es analizar a la clase trabajadora:

[...] en toda su subjetividad –por etnia, género, habilidades, etc.–, [preguntándose] qué pasa al unir teóricamente la lucha de clases sólo al punto de producción, sin considerar la miríada de relaciones sociales que se extienden entre éstos y los hogares, escuelas, hospitales, un conjunto social más amplio, sostenido y coproducido por el trabajo humano de manera contradictoria, pero constitutiva. Lo más importante es que aborda la relación entre explotación (normalmente vinculada a la clase) y la opresión (normalmente entendida por género, raza, etc.) [...]

Con ese propósito han entablado un diálogo con otras corrientes feministas, muy especialmente con el feminismo negro de los Estados Unidos, que llamó la atención sobre la *interseccionalidad* de la opresión, concepto que desvenda los mecanismos de dominación por causa de la clase, el sexo, la herencia genética y el fenotipo, la identidad de género, etc., no como experiencias yuxtapuestas, sino que se traslapan, produciendo una mayor y más compleja estructura de explotación. La interseccionalidad permite entender la heterogeneidad social y, dentro del abordaje de la reproducción social, identificar la forma en que el capital explota esas diferencias.

Esto es muy relevante cuando se estudia el espacio rural latinoamericano, cuya especificidad social se asienta en la organización familiar y comunitaria de la producción agrícola, debiendo por tanto ser estudiado también en la escala doméstica, sin que eso signifique desatender las dinámicas relacionadas con el contexto social más amplio, en especial las tensiones con los procesos de acumulación capitalista. Carmen Deere (1995: 55) llama la atención sobre la división sexual del trabajo como aspecto clave en el estudio de la economía campesina, señalando que “la participación de las mujeres en la agricultura es muy heterogénea, y varía, por ejemplo, de acuerdo con la región, con la raza y la etnia”; en el caso latinoamericano, esa participación:

[...] es mucho más importante en los Andes y en América Central –regiones caracterizadas por un campesinado indígena– que en el Cono Sur –donde el campesinado es predominantemente blanco o mestizo. La participación de las mujeres en la agricultura también es bastante alta en el Caribe, donde el campesinado es predominantemente afroamericano. (*ibidem*)

Esa discusión sobre la diversidad étnica y cultural trasciende los objetivos aquí trazados, sin embargo, en virtud de su importancia, será retomada en la última sección, aunque de manera sucinta.

Problemáticas comunes derivadas del patriarcado, como la suposición de que el tiempo y el trabajo de las mujeres son menos valiosos, hacen que éstas sean presa fácil del capital, especialmente durante las guerras y periodos de crisis económica. Por eso, diversas autoras⁹ han argumentado que los efectos de la expansión del agronegocio son particularmente nocivos para las campesinas, que son sistemáticamente empobrecidas, marginadas de sus derechos, explotadas simultáneamente por su condición sexual y de clase; coexisten así dos fenómenos aparentemente contradictorios en Latinoamérica: la masculinización de la agricultura mecanizada (como en el sur de Brasil, donde obliga especialmente a las jóvenes a migrar de sus territorios por falta de oportunidades de trabajo digno), y la feminización de los trabajos agrícolas más precarios (tal el caso de la sabana bogotana, en Colombia).

Aquí vale resaltar la tesis de Ester Boserup (1970), quien fue pionera en discutir la masculinización asociada a la adopción de la Revolución Verde en los países del Sur global, y cuya obra viene siendo retomada y enriquecida, bajo perspectivas menos economicistas. Dentro de la llamada corriente neo-chayanoviana, a la cual pertenecen autores basilares como Harriet Friedmann y Teodor Shanin, se parte de la complejidad de los procesos sociales en el espacio rural, que no deben ser entendidos como procesos unívocos y unidireccionales –descampenización, masculinización, industrialización, etc.– sino como verdaderos movimientos dialécticos, que siempre encierran en sí una fuerza en el sentido contrario.

Durante la Revolución Industrial, la maquinización buscó la incorporación generalizada de la fuerza de trabajo de niñas, niños y mujeres, en un proceso formalmente contrario al que ocurre en la actualidad con la mecanización en plantaciones como la soya, sin embargo, en ambos casos esas tecnologías

⁹ Ver, por ejemplo, Anita Brumer (2004), Christiane Campos (2011), Omaira Páez Sepúlveda (2011), Érika González (2014), Esther Vivas (2014), Patricia Veloza Torres y Guisella Lara Veloza (2014), Beth Amit Tzadok Ben Sasson (2018), por mencionar sólo algunas de las que abordan directamente la relación entre género y los agronegocios de la soya y la floricultura.

significaron profundas transformaciones en la vida de las trabajadoras. Friedmann (1987) argumenta que el actual modelo agroalimentario aumenta la sujeción de la unidad de producción familiar al capital, y refuerza tendencias patriarcales dentro de la economía campesina; así, el agronegocio deteriora las relaciones de producción en la unidad familiar, debido a la alienación del trabajo de las mujeres, bien sea por su confinamiento a la esfera reproductiva en las plantaciones mecanizadas, o como consecuencia de la precarización de su fuerza de trabajo en plantaciones “exóticas”.

La tecnología es, por definición, un medio y no un fin en sí misma, no obstante, en América Latina se ha relegado criterios verdaderamente técnicos (como la eficiencia energética y la adaptación a las condiciones peculiares de cada lugar, en las dimensiones edafo-climáticas y culturales), priorizando los intereses de la acumulación de capital (Toledo, 2002). En ese transcurso se da una homogeneización de la agricultura vía paquetes tecnológicos, pero, también una diferenciación espacial que obedece, no a las mencionadas peculiaridades locales, sino a las necesidades del capital especulativo, aspecto que será retomado en párrafos posteriores.

En el sur brasileño, como efecto de un significativo fomento gubernamental, el monocultivo de soya comenzó a ganar espacio a partir de la década de los años 70 del siglo pasado, extendiéndose por los fértiles territorios *gaúchos*, desplazando a su paso cultivos básicos para la dieta tradicional, e imponiendo un modelo productivo mecanizado e intensivo en el uso del agua y los nutrientes del suelo, llevando, por tanto, a la privatización de bienes comunes y a la marginación de los agricultores que no pueden acceder a los métodos y técnicas dichos modernos (Achkar *et al.*, 2008). Vale señalar que la soyización de la agricultura brasileña no sólo se expresa en plantaciones industriales, sino incluso en unidades familiares –como sucede en el noroeste del estado de Rio Grande do Sul–, con un efecto aún más contundente sobre la economía campesina.

En el caso de Colombia, la exotización de su agricultura llevó a la localización maciza de la floricultura en la sabana bogotana, una de las regiones más fértiles y de mayor tradición agrícola –de hecho, prehispánica, caracterizada por su diversidad de tubérculos (Veloza Torres y Lara Veloza, 2014). Este proceso también se remonta a la década de los años 1970, sin embargo, fue a partir de los años 80 –con la paulatina liberalización del mercado– que comenzó su crecimiento exponencial, llevando a una situación paradójica, en la cual hay una reprimarización de la matriz productiva, por la constitución de agronegocios intensivos en fuerza de trabajo, pero, en detrimento de la soberanía alimentaria, siendo que este país pasó de ser auto-abastecedor de granos y cereales, a importar la mitad de esos alimentos.

Según Svampa (2012), otro rasgo central del modelo de *commodities* es la escala: el tamaño de las corporaciones, el grado de especialización de la producción, los impactos socio-ambientales y las enormes inversiones de capital. Este último aspecto –el monto de los capitales invertidos– no descarta la existencia de agronegocios intensivos en mano de obra, lo determinante es que, tanto en éstos como en aquellos más mecanizados, las onerosas estructuras de costos y las matrices tecnológicas de punta se asientan en la fuerza de trabajo de las familias campesinas. Aquí vale recapitular a Milton Santos (1997), cuando se refiere a la tecnología como vector que determina una combinación específica entre capital y trabajo, y respuesta geográfica a la división internacional del trabajo, dentro del complejo técnico-científico-informacional.

En ese escenario, la modernización de la agricultura latinoamericana ha sido un proceso heterónomo, siendo “la tecnología de punta y las relaciones sociales y de poder las dos caras de una misma moneda, (cuyo único objetivo es posibilitar) una mayor acumulación de capital” (Porto-Gonçalves y Alentejano, 2010: 52). Los países intertropicales son reveladores en esa dinámica, pues la exotización redundaba en una escasa mecanización, después de casi un siglo de innovaciones continuas en las zonas templadas, no porque sea inviable, sino porque hasta ahora no es lucrativo para el capital; una prueba es la incorporación de la transgénesis –una tecnología considerada de punta–, no sólo en las variedades de soya Roundup Ready (RR) en Brasil, sino también de claveles azules en Colombia, ya que el interés del capital no es reducir los costos de la floricultura, sino producir variedades más “exóticas” y “perfectas”.

Así, la modernización de la agricultura ha tenido consecuencias profundas en la vida de las trabajadoras y trabajadores, porque, “aparte de una estrategia de reproducción del capital, se consolida como una refinada estrategia de control social” (Matos y Pessôa, 2011: 5). Uno de los ejemplos más patentes es la reversión en la relación entre población urbana y rural, en el marco de las reformas impulsadas por organismos y misiones internacionales a mediados del siglo XX, cuya finalidad era suplir la demanda de mano de obra de las industrias emergentes, modificando las relaciones de trabajo en su conjunto. Actualmente, la urbanización no se traduce en proletarianización, sino en precarización, con el aumento del número de personas en la economía informal en las ciudades.

Con relación a lo anterior, Harvey (2004: 121) destaca que una modalidad usual de acumulación por despojo es la “mercantilización de la fuerza de trabajo y la supresión de formas alternativas (autóctonas) de producción y de consumo”, revelando así la intencionalidad del capital para apropiarse del sobre-trabajo de la agricultura

campesina, como estrategia para sortear las crisis permanentes de acumulación. La relevancia de esta cuestión radica en que una de las principales fortalezas de la agricultura campesina es que se basa en el trabajo familiar, aspecto que históricamente le permitió un cierto margen de autonomía (tecnológica, productiva y cultural), dentro del sistema dominante de producción de valores (Shanin, 1973; Chayanov, 1974).

Aquí vale subrayar que las agriculturas campesinas están adaptadas a las características locales (relieve, clima, características edáficas, etc.), y, por tanto, se asientan en matrices tecnológicas menos degradadoras del ambiente, e incluso más eficientes en términos energéticos, tanto en la producción propiamente dicha, como en la comercialización, por el predominio de los circuitos cortos. La escala cumple un papel importante, habiendo una comprobada superioridad de la pequeña propiedad y de la racionalidad ecológica y económica campesina, enraizada en la diversificación de cultivos y una división del trabajo más solidaria, que busca la satisfacción de las necesidades del núcleo familiar y de la comunidad a la cual pertenece, no la ganancia desmesurada (Chayanov, 1974, 1981; Toledo, 2002).

Eso no significa que no haya contradicciones en el seno de esas agriculturas, especialmente con relación a las construcciones de género dentro de la propia unidad de producción familiar (Friedmann, 1986), pero, debido a la extensión de este escrito, nuestro foco es la división sexual del trabajo bajo la lógica del agronegocio. La explotación del trabajo femenino no es una estrategia nueva del capitalismo, sin embargo, a partir de las innovaciones tecnológicas, la financiarización de la economía y resultante “metamorfosis en el mundo laboral, [...] tercerización, informalidad, y aumento de las condiciones precarias del trabajo” (Matos y Pessôa, 2011: 4), las mujeres son especialmente vulneradas. En el caso del agronegocio, se refuerza unas relaciones sociales de sexo que le son funcionales, refinando la estrategia de apropiación de la plusvalía campesina.

A partir de ahí puede esbozarse una intersección entre los patrones de división sexual y territorial del trabajo, que se relaciona con las diversas formas en que el agronegocio se concretiza en América Latina, su correspondiente organización del espacio y, consecuentemente, con la relación capital/trabajo definida (Santos, 1997); entendemos entonces que la incorporación del trabajo femenino responde a necesidades específicas del agronegocio:

- En las plantaciones tropicales, la contratación de mujeres se relaciona con el deterioro de las economías campesinas locales, el aumento del *ejército de reserva* y consecuente precarización de las condiciones de trabajo. Las flores, como bien de lujo, soportan una estructura de costos laborales alta, debido,

no a la remuneración de las trabajadoras –mayoritariamente mujeres en situación de vulnerabilidad, que aceptan condiciones muy precarias–, sino a la poca mecanización de la producción, precisamente por no ser del interés del capital la incorporación de tecnologías que devengan en una reducción de precios.

- En cultivos mecanizados y masculinizados como la soya, la familia campesina no sólo se torna más dependiente tecnológicamente, sino que hay una invisibilización del trabajo reproductivo (alimentación, higiene, cuidado de huertas y animales de pequeño porte, etc.), pues la ganancia del capital se vería seriamente disminuida si se remunerase (Deere, 1995). Esta es la otra cara de la situación anterior, siendo una prioridad del capital la reducción de los costos de esa *commodity*, que es la base del consumo de masas, junto con el maíz transgénico (*class diet*).

Luego, esa diferenciación lejos de expresar una dicotomía, es el resultado de una única ley: la acumulación de capital, en función de la cual se refuerzan los atributos pasibles de lucro. Así, la actual división territorial del trabajo agrícola no sólo determina la matriz tecnológica y la financiarización de la producción, sino que exacerba la división sexual del trabajo, como parte de la estrategia de apropiación capitalista del plus-valor campesino (ver Diagrama II). Pero, en la dialéctica de la vida se construyen también estrategias de resistencia al agronegocio, en las cuales juega un rol protagónico la esfera de la reproducción social, como veremos a continuación.

DIAGRAMA II – Correlación entre división territorial y sexual del trabajo del agronegocio en América Latina

Fuente: Elaboración propia.

CONSIDERACIONES FINALES

Como cabe esperar, hay una multiplicación de respuestas a la arista agroalimentaria de esta crisis civilizatoria, siendo la base de ellas el propio campesinado, cuya resiliencia le ha permitido adaptarse al medio circundante, construyendo estrategias de permanencia digna en sus territorios, a partir del fortalecimiento de relaciones de producción e intercambio históricamente más horizontales y soberanas (Shanin, 1973; Chayanov, 1974). Paradójicamente, en la era de la globalización también se viabiliza una mayor confluencia y articulación de esas alternativas, a través de propuestas como la Vía Campesina, que agrupa centenares de organizaciones del mundo entero, ratificándose como agente central en la defensa de los derechos territoriales de las comunidades étnicas y campesinas, e interlocutor obligado en la escala global.

Pero esa no es la única escala de lucha, la masificación de las redes de comunicación también ha posibilitado la participación de nuevos agentes –familias urbanas, escuelas, organizaciones de vecinos, etc.– en espacios de movilización que contribuyen al fortalecimiento de iniciativas locales, valorizando las agriculturas de pequeña escala, el comercio directo, corto y justo, la agrobiodiversidad, el uso de semillas criollas y nativas, el acceso de campesinas y campesinos a los medios de producción básicos –tierra, agua, semillas, infraestructura–, entre otras reivindicaciones. Las mujeres son protagonistas en esa construcción, tanto en el espacio rural, como en el urbano, siendo cruciales las alianzas entre productoras y consumidoras conscientes, en circuitos de economía justa y sorora (Shiva, 1988; Vivas, 2014).

Ese protagonismo femenino puede obedecer, de un lado, a la necesidad de confrontar el papel de mayor subordinación que el capital ha reservado a las mujeres; de otro lado, a una relación estrecha e histórica con los alimentos (que data de los albores de la agricultura, con la selección y adaptación de las primeras especies), por eso, vale resaltar que las alternativas al modelo del agronegocio no precisan comenzar de cero. Al contrario, para fructificar deben estar firmemente enraizadas en las tradiciones que antecedieron al capital y que –a pesar de todo– continúan vivas tras la larga noche de los 500 años, reposando en el oscuro regazo de la tierra, a la espera de tiempos más favorables para florecer y reproducirse en los territorios.

En esa sintonía, Tithi Bhattacharya (2017) defiende la centralidad de la esfera reproductiva dentro de las dinámicas de la sociedad, postulándola como base en la construcción de alternativas a los dominios de la especulación financiera; esto es posible gracias a la limitada influencia del capital sobre algunas de las decisiones más cruciales para la reproducción de la fuerza de trabajo: la manera en que se expresa la afectividad, cómo se tejen las redes de socialización y apoyo, la consciencia con la

que se ejercen la ciudadanía y el consumo, entre otras. Al superar las lecturas dualistas de la sociedad, se entiende que es en los intersticios y traslapes entre ambas esferas –productiva y reproductiva– donde encontramos las reflexiones más interesantes.

Esto es aún más cierto cuando el análisis se traslada al espacio rural, y más específicamente, a las fincas campesinas que, por definición, son unidades familiares de producción-consumo, lo que implica que el capital tiene un control incompleto sobre ellas, no sólo en la esfera reproductiva, sino incluso en la productiva, pues, como argumenta Alexander Chayanov (1974, 1981), operan bajo un sistema de organización coherente y opuesto a la lógica de la acumulación. Por eso, a pesar de la arremetida del agronegocio, en América Latina siguen en pie territorios en los que, cotidiana y anónimamente, se reproducen la racionalidad ecológica y económica del campesinado, para alivio del planeta y de la aporreada soberanía alimentaria de la región.

Estas prácticas son la semilla de proyectos más colectivos e integradores, que van fructificando en verdaderas plataformas políticas y civilizatorias, como la Vía Campesina. En ese sentido, Svampa (2012: 22) exalta el papel de los movimientos sociales frente la mercantilización neoliberal, en un proceso que denomina *giro ecoterritorial*:

[...] la construcción de marcos comunes de la acción colectiva, los cuales funcionan no sólo como esquemas de interpretación alternativos, sino como productores de una subjetividad colectiva. Bienes comunes, soberanía alimentaria, justicia ambiental y “buen vivir” son algunos de los tópicos que expresan este cruce productivo entre matrices diferentes.

Destaca el protagonismo de las mujeres en estos espacios de convergencia, en los que la economía se pone al servicio de la vida –no viceversa–, y se construyen estrategias de movilización que entienden la interdependencia entre las esferas productiva y reproductiva, conjugando tácticas tradicionales (sindicatos, *boicots*, huelgas, marchas) y otras más alternativas (ferias de economías solidarias, expresiones artísticas y culturales, etc.).

La manera en que se combinan uno y otro tipo de tácticas depende de las posibilidades concretas y de las singularidades locales, como podemos evidenciar en los casos que nos convocan. Así, mientras en la sabana bogotana las alternativas han surgido especialmente a partir de alianzas entre trabajadoras y ex-trabajadoras de la floricultura –Red Popular de Mujeres de la Sabana, Asociación la Herrera, Escuela de

Mujeres de Madrid, etc.– (Veloza Torres y Lara Veloza, 2014), en el sur de Brasil resulta paradigmático el Movimento de Mulheres Trabalhadoras Rurais do Rio Grande do Sul, que surgió como un “club de madres”, y paulatinamente fue trascendiendo la escala doméstica, hasta confluir con otras plataformas de defensa de la equidad de género y los derechos territoriales del campesinado (Tedeschi, 2007).

Ahora bien, en función del recorte temático hemos enfatizado en los conflictos entre campesinado y capital, no obstante, un aspecto clave para entender el neoextractivismo en América Latina son los espacios de diálogo intercultural entre comunidades étnicas y campesinas, que han enriquecido los programas políticos de organizaciones emblemáticas como el Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra o la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo, y ofrecido un marco de referencia para la acción colectiva de millones de personas, dentro y fuera de la región. La agroecología y el rol de las mujeres son dos grandes puntos de convergencia en esa apuesta, empero, como en todo diálogo, hay también puntos de tensión, que sólo conseguiremos tratar someramente.

La amenaza extractivista en territorios étnicos pone de manifiesto la idea de progreso, base de la sociedad contemporánea, que rotula como baldíos a bosques y praderas de enorme relevancia para las comunidades que los habitan, a partir de proyectos como el mercado de carbono y su solución espuria al calentamiento global. Pero la incompreensión de las cosmovisiones negras e indígenas también se manifiesta dentro de los movimientos alternativos, como señala Julieta Paredes (2017), a propósito de la cooptación capitalista del feminismo liberal –tecnocracia de género, como ella la llama–, que desconoce la lucha histórica de las mujeres no occidentales, tornándolas receptoras de una salvación exógena; desde su visión de mujer aymara, Paredes visibiliza *Q’amasa Warminanaka*, la fuerza de las mujeres, el feminismo comunitario.

Por tanto, la interculturalidad –inherente a la historia americana– debe abordarse desde múltiples dimensiones, muchas de las cuales apenas comienza a vislumbrar el pensamiento moderno (como las conexiones espirituales con los territorios). Nuestro objetivo es mucho más modesto, pues sólo se remite a la producción local de alimentos, el trabajo de las mujeres y la comoditización de la agricultura; en ese sentido, los casos propuestos, si bien se adecuan a dicho propósito, no son expresivos de la diversidad étnica y cultural de América Latina, siendo que ambos territorios se reconocen como campesinos, en Rio Grande do Sul, descendientes de los colonos del primer régimen alimentario, y en Bogotá, del mestizaje entre muisca y españoles, durante la Colonia.

Así, no defendemos que esta problemática afecte sólo a las mujeres campesinas, o a América Latina, ni siquiera al Sur global, siendo algunos contraejemplos la producción de almendras en California (Estados Unidos), la horticultura de invernaderos en Almería (España) y la avicultura corporativa en Anhui (China); el meollo del asunto es la ruptura de los ciclos ecológicos (*metabolic rift*), la expoliación de los territorios y la explotación de la fuerza de trabajo más vulnerable, en los casos mencionados, principalmente de inmigrantes latinoamericanos en Estados Unidos y africanos en España, y de las provincias peor remuneradas de China. En suma, presentamos aquí sólo una de las muchas facetas de la territorialización del capitalismo y del liderazgo de las mujeres en la movilización social.

En relación con esto último, queremos destacar que fueron mujeres las autoras y/o coautoras de la mayoría de las obras consultadas. No fue intencional, pero tampoco es casual, pues demuestra, de un lado, que la cuestión de género todavía no se entiende en su dimensión plena, como proyecto emancipador para toda la humanidad, independientemente del sexo. Por otro lado, sugiere cuan interesantes pueden ser las reflexiones que provienen de los grupos sociales marginalizados por el capital (léase, todos aquellos que no cabemos en el estrechísimo molde del hombre cis, caucásico, heterosexual, judeo-cristiano y detentor de un diploma universitario); una de las prioridades de la academia crítica debe ser propiciar espacios en los que se oigan estas voces.

Revisado por Ana Sofia Veloso

CARMEN REJANE FLORES

Universidade Federal de Santa Maria, UFSM
Avenida Roraima, n.º 1000, CEP: 97105-900 Santa Maria, RS, Brasil
Contacto: carmenrejanefw@gmail.com

DIANA MARÍA PEÑA

Estudiante de doctorado
Universidade Federal de Santa Maria, UFSM
Avenida Roraima, n.º 1000, CEP: 97105-900 Santa Maria, RS, Brasil
Contacto: diana.pena@acad.ufsm.br

Recibido: 30.03.2020

Aceptación comunicada: 10.02.2021

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Achkar, Marcelo; Domínguez, Ana; Pesce, Fernando (2008), *Agronegocios Ltda. Nuevas modalidades de colonialismo en el Cono Sur de América Latina*. Montevideo: REDES AT.
- Bhattacharya, Tithi (comp.) (2017), *Social Reproduction Theory. Remapping Class, Recentering Oppression*. London: Pluto Press.
- Bello, Walden (2008), "Destroying African Agriculture", *Foreign Policy in Focus*, 3 de junio. Consultado el 10.05.2017, en http://fpif.org/destroying_african_agriculture/.
- Boserup, Ester (1970), *Woman's Role in Economic Development*. New York: Saint Martin's Press.
- Chayanov, Alexander (1974), *La Organización de la Unidad Económica Campesina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Chayanov, Alexander (1981), "Teoria dos sistemas econômicos não capitalistas", in José Graziano da Silva; Verena. Stolcke (comps.), *A questão agrária*. São Paulo: Brasiliense, 133-163.
- Deere, Carmen (1995), "What Difference Does Gender Make? Rethinking Peasant Studies", *Feminist Economics*, 1(1), 53-72.
- Friedmann, Harriet (1987), "The Family Farm and the International Food Regimes", in Teodor Shanin (comp.), *Peasants and Peasant Societies*. Oxford: Basil Blackwell, 247-258 [2ª ed.].
- Friedmann, Harriet (2004), "Feeding the Empire: The Pathologies of Globalized Agriculture", in Leo Panitch; Colin Leys (comps.), *Socialist Register, The Empire Reloaded*. London: Merlin, 124-143.
- Friedmann, Harriet (2009), "Moving Food Regimes Forward: Reflections on Symposium Essays", *Agriculture and Human Values*, 26(4), 335-344.
- Friedmann, Harriet; McMichael, Phillip (1989), "Agriculture and The State System. The Rise and Decline of National Agricultures, 1870 to the Present", *Sociologia Ruralis*, 29(2), 93-117.
- Gudynas, Eduardo (2019), "Hasta la última gota. Las narrativas que sostienen a los extractivismo", *REVIISE*, 13(13), 15-31.
- Harvey, David (2004), *O novo imperialismo*. São Paulo: Loyola.
- Hirata, Helena; Laborie, Françoise; Le Doaré, Hélène; Senotier, Danièle (comps.) (2009), *Dicionário crítico do feminismo*. São Paulo: Editora da UNESP.
- Marmilicz, Simoni (2013), "A soja como estratégia de reprodução socioeconômica: o caso dos agricultores familiares de Guarani das Missões – RS". Disertación de Maestría en Geografía, Universidad Federal de Santa Maria, Brasil.
- Marx, Karl (1987), "Discurso sobre el libre cambio", in *La miseria de la filosofía. Respuesta a la filosofía de la miseria de P. J. Proudhon*. Bogotá: Siglo XXI, 144-158 [orig.: 9 de enero de 1848].
- Matos, Patrícia; Pessôa, Vera (2011), "A modernização da agricultura no brasil e os novos usos do territorio", *Geo UERJ*, 2(22), 290-322.

- McMichael, Philip (2009), "A Food Regime Genealogy", *The Journal of Peasant Studies*, 36(1), 139-169.
- McMichael, Philip (2014), *Food Regimes and Agrarian Questions*. Halifax: Practical Action Publishing.
- Ocampo, José (1984), *Colombia y la economía mundial: 1830-1910*. Bogotá: Siglo XXI.
- Oliveira, Gustavo de L. T.; Schneider, Mindi (2014), "The Politics of Flexing Soybeans in China and Brazil", *Transnational Institute (TNI) Agrarian Justice Program Think Piece Series on Flex Crops & Commodities*, 3, 1-20.
- Páez Sepúlveda, Omaira (2011), *La realidad bajo los invernaderos. Informe sobre la floricultura colombiana*. Corporación Cactus. Bogotá: Arfo.
- Paredes, Julieta (2017), "El feminismocomunitario: la creación de un pensamiento propio", *Corpus Archivos Virtuales de la Alteridad Americana*, 7(1), 1-9.
- Porto-Gonçalves, Carlos; Alentejano, Paulo (2010), "Geografia agrária da crise dos alimentos no Brasil", *Mundo Siglo XXI - Revista del Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales del Instituto Politécnico Nacional*, 20, 39-54.
- Santos, Milton (1997), *Espaço e método*. São Paulo: Nobel.
- Shiva, Vandana (1988), *Staying Alive: Women, Ecology and Survival in India*. London: Zed Books.
- Shanin, Teodor (1973), "The Nature and Logic of the Peasant Economy 1: A Generalization", *Journal of Peasant Studies*, 1(1), 63-80.
- Shanin, Teodor (2005), "A definição de camponês: conceituações e desconceituações – o velho e o novo em uma discussão marxista", *Revista Nera*, 8(7), 1-21.
- Svampa, Maristella (2012), "Consenso de los commodities, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina", *Revista del Observatorio Social de América Latina*, 13(32), 15-38.
- TNI – The Transnational Institute (2018), *Financialisation: A Primer*. Amsterdam: TNI.
- Tedeschi, Losandro (2007), "Mulheres camponesas do noroeste do Rio Grande do Sul: Identidades e representações". Tesis de Doctorado en Historia, Universidade do Vale do Rio dos Sinos, Brasil.
- Toledo, Víctor (2002), "Agroecología, sustentabilidad y reforma agraria: la superioridad de la pequeña producción familiar", *Agroecologia e Desenvolvimento Rural Sustentável*, 3(2), 27-36.
- Tzadok Ben Sasson, Beth Amit (2018), "Vida familiar, personal y laboral de algunas mujeres que trabajan y tienen experiencia en los floricultivos de la Sabana de Bogotá". Tesis de pregrado en Trabajo Social, Universidad Externado de Colombia, Colombia.
- Veloza Torres, Patricia; Lara Veloza, Guisella Andrea (2014), "De la resignación a la indignación activa: Propuesta educativa con mujeres populares de la Asociación Herrera de Madrid Cundinamarca". Tesis de Pregrado en Educación Comunitaria, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia.
- Vivas, Esther (2014), *El negocio de la comida*. Barcelona: Icaria.
- Zavaleta, René (1986), *Lo nacional-popular en Bolivia*. La Paz: Plural.